

Bello como
una prisión
en llamas



Bello como una prisión en llamas. Breve relación de los Gordon Riots

Julius van Daal

Traducción de Federico Corriente

Pepitas de Calabaza. Logroño, 2012

124 páginas. 10 euros

ENSAYO. A LAS DIEZ de la mañana del viernes 2 de junio de 1780, unos personajes que parecen salidos de la posada de El Almirante Benbow se reúnen en el St. George's Fields, con el propósito de marchar hacia el Parlamento para exigir la abolición de la Catholic Relief Act, una ley de tolerancia que beneficia a los súbditos católicos. Liderados por lord Georges Gordon y su Asociación Protestante, no son precisamente pocos: constituyen una masa de 50.000 hombres —en una ciudad de setecientos mil— donde “el pueblo de los callejones se mezcla con el de los talleres, los negros supervivientes de la esclavitud antillana con hamponcillos, maleantes, capeadores, profetistas y vaticinadores varios”. Pero incendiar, saquear y estremecer Londres durante cinco noches con sus días no es ir a buscar un tesoro a una isla remota a bordo de *La Hispaniola*, ni corear consignas antipapistas en plan *cheerleaders*, sino llevar a cabo “la primera insurrección proletaria de la era industrial”. Más fantoche a lo sindicalista contemporáneo que fantasma a lo Ned Ludd, Gordon será muy pronto relevado de su cargo por presión de la orgía popular que, encantada de haberse conocido, “ya no necesita tribuno o motivos religiosos que la animen porque ahora su envite es el derrocamiento de todo lo existente”. El diablo de la botella hará el resto.

Una vez aplastada, esta historia fue además enterrada por la Historia, que como es habitual en ella “ve el fuego pero se guarda de indagar sobre el combustible”. Rebelándose contra ese olvido imperdonable, Van Daal restituye a los Gordon Riots su dimensión subversiva y su envergadura real, valiéndose para conseguirlo de un estilo narrativo propio, ágil y penetrante, que por momentos recuerda al folletinesco Dickens de *Barnaby Rudge* y por momentos al periodístico Marx de *El dieciocho brumario*. Como si se tratara de un escurridizo reportero de televisión, el autor de tan bello libro de historia(s) parece asistir, en vivo y en directo, al asalto de la mansión de lord Mansfield, máximo magistrado del reino; o participar, antorcha en alto, en la quema purificadora que se lleva por delante Newgate y cinco prisiones más; o entrevistar, micrófono en mano, a un veinteañero William Blake que declara que toda exuberancia es belleza. **Pablo Nacach**